LA CIUDAD INVISIBLE DE KITECH

ÓPERA EN 4 ACTOS Y 6 CUADROS

Libro de W. J. Bielsky
Música de N. Rimsky Korsakoff

ARGUMENTO

Núñez y C.ª, S. en C.
San Ramón, 6
BARCELONA

ACTO PRIMERO

El asunto de la ópera está basado en las leyendas populares del siglo XIII. La esencia de la acción estriba en la eterna lucha entre el bien y el mal, con el triunfo final de la virtud, la humildad y la caridad cristiana, sobre la crueldad, la violencia y la perfidia.

El preludio del primer acto es un himno a la soledad. Al levantarse el telón nos encontramos en plena selva, del otro lado del Volga. Fevronia, gentil doncella, vive sola en el bosque, con un hermanito leñador, entregada a la contemplación de la naturaleza, donde se ha criado y que constituye todo su amor y consuelo. Sus únicos amigos son los habitantes de la selva, las aves y animalitos que, como de costumbre, acuden ahora dóciles a su voz. Ella les prodiga sus caricias y les habla amorosamente.

En esto, aparece el príncipe Vsévolod, que iba de caza, y se detiene atónito ante aquél espectáculo. Su presencia ahuyenta a los animales y quedan Fevronia y el príncipe comentando ambos para sí la mutua sorpresa del encuentro, sin atreverse a dirigirse la palabra. Fevronia es la primera en romper el silencio y saluda al desconocido invitándole a descansar y ofreciéndole pan con miel para reparar sus fuerzas. Al servirle, nota que está herido en el brazo y el príncipe le manifiesta que es consecuencia de la lucha habida hace poco con un oso. Ella le cura la herida, lo cual acrecienta la simpatía que en ambos despertó el casual encuentro.

El príncipe le pregunta quién es, y Fevronia le relata su vida sencilla, lejos del mundo en la paz de la selva, cuyas bellezas describe con el mayor entusiasmo, así como los sentimientos que aquélla despierta en su alma y termina entonando un himno a la naturaleza, como el gran templo de Dios. Maravillado por tanto candor y pureza de alma, el príncipe, le descubre el sentimiento que ella ha hecho germinar en su corazón y acaba por ofrecer hacerla su esposa. Llena de confusión, contesta Fevronia que no es digna de tal honor. El insiste en sus proposiciones amorosas y en prenda le pone

un anillo en el dedo. Ella se pregunta si aquéllo es sueño o realidad, e indecisa todavía, viene a distraerla, interrumpiendo el amoroso diálogo, el toque de las trompas de caza y las voces lejanas de los compañeros del príncipe que andan buscando al extraviado. El príncipe les contesta y se dispone a ir a su encuentro; despídese hasta pronto de su amor y le promete enviar a buscarla en breve para celebrar sus bodas.

A poco de marchar el príncipe, llegan los cazadores y preguntan a la muchacha si ha visto a su compañero. Ella les indica el camino por donde se fué, y les pregunta el nombre de su galán desconocido. Todos, sorprendidos ante su ignorancia, le manifiestan que es el propio príncipe heredero de Kitesh, dejando esta revelación a Fevronia sumida en el mayor asombro.

ACTO SEGUNDO

Nos hallamos en la villa de Kitesh menor, sobre la orilla izquierda del Volga. El pueblo reunido en la plaza del mercado, espera el paso del cortejo nupcial. Delante de una taberna, un hombre divierte al público con las proezas de su oso amaestrado. Llega después un juglar que, al son de la guzla, entretiene también a la gente con historietas y consejas. Una de ellas contiene un funesto presagio para la villa, anuncio de próximas desventuras. El pueblo supersticioso comienza a inquietarse ante tales augurios, y la impaciencia crece con el retraso de la nupcial comitiva, temiendo que le haya ocurrido ya alguna desgracia.

En esto sale de la taberna, medio ebrio, Grichka Kuterma, importante personaje de la acción, un miserable dominado por el espíritu del mal. Mófase de la malhadada alianza del príncipe con quien no es de su rango, y augura también grandes infortunios; después de cantar el elogio del vino, que hace olvidar todas las miserias, vuelve a la taberna con el dinero que ha recogido entre los curiosos, y sale de nuevo al poco completamente borracho.

Llega, por fin, la comitiva en tres carrozas, en la última de las cuales viene la novia. Todo el pueblo se agrupa para contemplarla y el cortejo se ve obligado a detenerse. Kuterma, destacándose de los circunstantes, dirige en su embriaguez a Fevronia los mayores insultos, le echa en cara su humilde cuna, y acaba prediciéndole la mayor de las catástro-

fes que ha de reducirla a la indigencia. El corazón magnánimo de Fevronia intercede por el miserable contra las amenazas del pueblo, más, al fin, el borracho es expulsado.

Reanuda la marcha el cortejo nupcial; el pueblo queda comentando lo ocurrido y los fatídicos presagios de la jornada, cuando al poco empiezan a oirse en lontananza extraños toques de trompetas. Los toques van en aumento, acompañados de chirrido de carros y relinchos de caballos. La multitud va inquietándose más y más, y crece el tumulto con la llegada de grupos de gente que corre enloquecida en todas direcciones refiriendo la catástrofe que se avecina. El enemigo cruel, el tártaro, stá al as puertas de la villa, matando e incendiando cuanto encuentra a su paso.

Aparecen, por fin, los tártaros en escena, con sus dos jefes Biedai y Burundai. Han atacado al cortejo nupcial, apoderándose de Fevronia, que traen a rastras. Otro grupo conduce también prisionero al borracho Kuterma, enloquecido ahora por el terror. Los tártaros le ofrecen salvarle la vida si se brinda a mostrarles el camino de la gran capital, la Kitesh mayor, cuya vía les es imposible de hallar. Kuterna vacila ante la magnitud de la traición propuesta y ante las súplicas de Fevronia que trata de infundirle entereza de ánimo, pero debido a los efectos del vino y a la amenaza de terribles torturas, acaba por ceder.

Los tártaros, guiados por Kuterma, emprenden el camino de la gran Kitesh, mientras Fevronia desolada invoca al cielo, pidiendo a Dios que haga invisibles la ciudad y sus habitantes.

ACTO TERCERO

Cuadro Primero

La escena representa una plaza de la gran ciudad de Kitesh, con su catedral al fondo. El pueblo se reúne armado, para detener la invasión de los tártaros que se avecinan. En el atrio de la iglesia se halla el príncipe Juri con su hijo, el príncipe heredero, y su séquito. Entre éste figura el desventurado Fedor Poiarok, acompañado de un lazarillo, por haberle hecho ciego los tártaros en el ataque a la Kitesh menor. El infeliz refiere los más espantosos detalles de la toma de la población y del pillaje y las torturas cometidas por los

tártaros, pasándolo todo a sangre y fuego. Anuncia la próxima llegada del enemigo, quien le ha enviado por delante con un mensaje en que amenaza con la inminente destrucción de Kitesh y todos sus habitantes. Una falsa delación del malvado Kuterma hace creer a todos que es la propia princesa prisionera, y no él, quien ha revelado a los tártaros el camino de la ciudad invisible.

El príncipe Juri, presa del mayor desespero, manda al lazarillo que suba a la torre del campanario y avise desde allí las señales que vislumbre en el horizonte. Mientras el pueblo eleva sus plegarias a la Virgen, el lazarillo anuncia que una inmensa nube de polvo obscurece el cielo, y sucesivamente va dando pavorosos detalles de la proximidad del enemigo. El joven príncipe pide permiso a su padre para salir al encuentro de los invasores y reclutando a todos los hombres hábiles para la lucha, marcha al frente de ellos entonando un himno bélico.

Entonces acaece la gran maravilla. Poco a poco una clara niebla, de tintes dorados, substituye a los negros nubarrones; las campanas comienzan a tocar solas y el pueblo, atónito ante el sorprendente espectáculo, sin saber a qué atribuirlo, va sintiendo la proximidad del milagro. La niebla que el cielo envía se hace a cada momento más espesa y la ciudad toda queda envuelta en un denso velo protector, que la oculta por completo.

El intermedio sinfónico que prepara el cuadro siguiente, describe la batalla que se está librando en la llanura de Kerjenez, sangrienta por ambas partes, y en la cual pierda la vida el príncipe heredero y son diezmadas sus huestes. Sólo el milagro del cielo ha impedido a los infieles apoderarse de la villa eterna.

Cuadro Segundo

La escena representa un gran bosque a la orilla del misterioso «lago de la luz» que ocupa el fondo. En la orilla opuesta se levanta la gran ciudad de Kitesh, protegida siempre por la densa niebla que la oculta a todas las miradas.

Llega Kuterma acompañando a los caudillos tártaros, quienes le acusan de traidor, pues a pesar de tan cruentos esfuerzos no consiguen hallar la suspirada población por parte alguna. El malvado sostiene que está allí enfrente, a la otra

parte del lago, más como nada ven aquéllos, le atan a un árbol y le amenazan con las mayores torturas si al siguiente día no se descubre la invisible metrópoli.

Va llegando la horda con los carros del botín, y en uno de ellos la desdichada Fevronia. Los tártaros se reparten el botín, mientras sus jefes, Biedai i Burundai, se disputan la posesión de Fevronia. La riña crece hasta que, por fin, Burundai mata de un hachazo a su compañero. Después procura hacer suya a Fevronia, pero ebrio por la sangre y el vino, va quedando dormido junto con los demás guerreros.

Fevronia se lamenta de la terrible suerte de su amado que viene a colmar los dolores del cautiverio. Kuterma, atado todavía al árbol, procura atraerse a la infeliz, para que le desate las ligaduras. Entonces tiene lugar una patética y grandiosa escena, en la que contrasta la maldad y perfidia del abyecto traidor con la nobleza del alma y la pureza angelical de la doncella. Fevronia pretende convertir al cínico, llevándole por el camino de la redención, pero el espíritu del mal le ofrece una resistencia sin límites, hasta que en un rapto de incomparable abnegación, la doncella consiente en sacrificarse y entregarse a sus verdugos en lugar de Kuterma, a quien da la libertad. En el momento en que éste va a huir, vuelve a aturdirle el pertinaz repique de las campanas que, como la voz de su conciencia, no le abandona nunca. Entonces, en el colmo del desespero, quiere arrojarse al lago, pero al llegar a la orilla se detiene, como petrificado.

Una nueva maravilla tiene lugar. Los primeros rayos del alba iluminan la superficie del lago y en sus aguas aparece mágicamente reflejada la silueta de la ciudad todavía invisible, mientras las campanas todas lanzan sus sones al aire con solemnidad triunfal. Kuterma, loco de terror, manifiesta que ve ahora ángeles donde antes veía diablos, y huye, por fin, llevando tras de sí a Fevronia.

Los tártaros despiertan a los gritos de aquél. Deslumbrados ante la visión de la ciudad reflejada en el lago y aturdidos por el incesante tañido de las campanas, se apodera de ellos un supersticioso terror y huyen despavoridos, confesando la grandeza del «Dios de los rusos».

ACTO CUARTO

Cuadro Primero

Noche obscura en la selva de Kerjenez. Al fondo, un espacio libre entre la espesura, ocupado por un estanque cubierto de algas. Fevronia llega con las ropas destrozadas por las breñas y zarzales. Kuterma la sigue. Aquella reanuda sus esfuerzos para convertir al réprobo. A pesar de las burlas y resistencia de éste, consigue por fin Fevronia que rece con ella una oración a la madre tierra, puesto que el cielo está todavía demasiado lejos para él. A medida que avanzan, Kuterma, que ha repetido las palabras maquinalmente, va distrayéndose hasta que el maligno espíritu vuelve a apoderarse de su alma y por todas partes cree ver visiones diabólicas. Pretende que la serpiente infernal se le aparece y le instiga a trocar los rezos por cantos y bailes. Por fin, lanzando salvajes gritos, huye para no volver.

Sola Fevronia, consuélase de sus fallidos esfuerzos, tendiéndose sobre el césped para reposar de la fatiga. Al poco comienzan a surgir lucecitas entre las ramas de los árboles y las corolas de las flores resplandecen con todos los colores del iris. El canto de dos aves del Paraíso, Siriniy Alconost, viene a confortar a la doncella, infundiéndole nuevas esperanzas con tal de que conserve la fe, y anunciándole una próxima vida de venturas.

De pronto, el espectro del difunto Príncipe aparece sobre el estanque y avanza hacia la perdida amada. Esta se arroja llena de júbilo a sus plantas y le pregunta por sus heridas. El contesta que, abandonado sobre el campo de batalla con cuarenta heridas graves, había pasado por muerto, pero que ahora vive en realidad por virtud del cielo. Los infortunados amantes juran no separarse jamás y se entregan al más amoroso éxtasis. Finalmente, la voz de Sirini, el ave invisible, les invita a celebrar el festín de bodas que interrumpió la muerte, y ambos se alejan abrazados, avanzando con raudo impulso sobre la superficie del estanque, cuyas aguas apenas rozan sus plantas.

La orquesta describe durante el intermedio la marcha hacia la ciudad invisible. El canto de las aves del Paraíso y el tañido de las campanas se mezclan con las voces de la orquesta en el magnífico interludio que precede a la escena última de la obra.

Cuadro final.

Todas las nubes se disipan y aparece radiante la invisible ciudad, maravillosamente transformada. Entre sus soberbios edificios, descuellan la Catedral y el palacio del príncipe. La escena está ocupada por una gran comitiva, vestida toda de blanco, llevando jarrones con flores y velas encendidas. Todos reciben con un himno al Príncipe y Fevronia, que llegan por el gran portal. Fevronia, maravillada ante el sublime espectáculo de luz y alegría, pregunta a qué vienen aqcellos cantos, a lo que contesta el príncipe que son por sus bodas.

Y termina la obra encaminándose la nupcial comitiva al templo. Las puertas de éste se abren de par en par y de su interior emana una claridad indescriptible que ilumina a todos los circcnstantes.

52037